

EL RENACIMIENTO DE LA BIOGRAFÍA

F. Javier Peña Pérez
Universidad de Burgos

1. INTRODUCCIÓN

La década de los noventa del pasado siglo XX fue testigo de la eclosión en los ambientes académicos españoles de los estudios relacionados con la historiografía y la teoría de la Historia, hasta el punto de consolidarse en pocos años, gracias al elevado grado de complejidad analítica alcanzado y al notable desarrollo cuantitativo de las publicaciones, como una especialidad historiográfica más, dotada de unos objetivos de gran densidad teórica, de unos métodos de trabajo ciertamente exigentes y de un lenguaje expositivo peculiar, tanto en su contenido conceptual como en su expresión terminológica. Este reciente incremento de los estudios historiográficos y de teoría histórica¹, sin duda beneficio-

¹ Citaremos, simplemente como referencias destacadas, las actuaciones de Josep FONTANA en las sucesivas revisiones historiográficas que ha elaborado, así como en su puesto de director de la colección «Historia y Teoría», de la editorial Crítica. Igualmente hay que resaltar la ingente labor desarrollada por Carlos BARROS en la dirección del foro de reflexión «Historia a Debate», bajo cuyo emblema se han celebrado recientemente dos Congresos Internacionales (1993 y 1999), se han editado seis volúmenes de las Actas de dichos Congresos (1995 y 2000), y se mantiene una página web (<http://www.h-debate.com> o <http://www.cbarros.com>) con secciones abiertas para el debate y el intercambio de ideas y propuestas relacionadas con estos temas. Y también merece una cita singular la colección de la editorial Cátedra «Frónesis», dirigida por Pedro RUIZ TORRES, Sergio SEVILLA y Jenaro TALENS. La lista de referencias podría alar-

so para la ciencia histórica en general, no está exento, sin embargo, de inconvenientes: mientras la especialización permite una profundización analítica selectiva sobre las cuestiones tratadas en este campo, los trabajos resultantes de tales proyectos especulativos se hacen cada vez más inaccesibles para el común de los historiadores, generalmente desbordados por la cantidad y complejidad de los temas abordados y por la dificultad práctica de asimilar la metodología y los conceptos utilizados en este tipo de estudios. Las inevitables incursiones en la filosofía –el espacio, el tiempo, el yo, el individuo– en la psicología –el subconsciente–, en la sociología –la comunidad, el grupo, la clase, el estrato, el estamento, la interacción individuo/grupo– y las referencias a la lingüística –el giro lingüístico–, a la antropología –el giro cultural–, a la literatura –el narrativismo–, y a otras disciplinas afines, como la semiótica o la hermenéutica, al tiempo que enriquecen las aportaciones de los especialistas, contribuyen también al distanciamiento de los no iniciados, frecuentemente situados ante el dilema de renunciar al seguimiento de la ya de por sí abrumadora producción de la propia especialidad –para prestar una mayor atención a las aportaciones de los teóricos e historiógrafos–, o de centrarse exclusivamente en su campo específico de trabajo y delegar en los respectivos especialistas el desarrollo y seguimiento de aquellas cuestiones. Con lo cual se habrá cumplido otra vez la paradoja que acompaña inevitablemente a todo proceso de especialización científica: la creación de espacios de trabajo y de comunicación con altas dosis de hermetismo, cuyas claves se sitúan frecuentemente fuera del alcance del investigador solitario, que, por otra parte, representa la figura dominante en el círculo de los historiadores.

Y la biografía no escapa a estas dificultades y paradojas. La emergencia de este subgénero historiográfico se ha visto acompañada, también, de un profundo proceso de reflexión sobre su sentido y significado, del que queremos dejar constancia aquí en sus facetas y rasgos más accesibles, no sin antes denunciar amablemente la posición de desventaja que, en nuestra calidad de medievalista convencional, padecemos respecto a los especialistas a que hacíamos referencia líneas arriba. Esta posición nos obligará a manejar el tema con altas dosis de prudencia y de modestia, y, al mismo tiempo, nos excusará de penetrar en profundidad en las múltiples cuestiones periféricas que le afectan, sean de naturaleza filosófica, lingüística, literaria o antropológica, como veremos.

No debemos perder de vista, en todo este asunto, que la meta final del historiador es producir buenas obras de historia, al margen del grado de interiorización consciente que cada uno pueda alcanzar sobre la pertenencia o

garse mucho más. para dar cuenta de otros muchos proyectos ejecutados bajo el formato de ediciones de libros y de artículos, de Jornadas. Cursos. Seminarios. Secciones Monográficas de revistas. etc.

adscripción a una escuela o corriente teórica o metodológica determinada. A este respecto, no vendrá mal traer a colación una reflexión pertinente y un ejemplo estimulante para el común de historiadores. La reflexión pertenece a J. Fontana y se refiere a los éxitos de los historiadores «nouveaux» franceses de la década de los setenta y primeros años de los ochenta del siglo pasado: «El resultado final de esta etapa de cambio parece ser, en muchos casos, un predominio de la especulación filosófica y sociológica, que da pie a numerosos ensayos de teorización, pero no a una gran obra de investigación histórica que se pueda tomar como modelo... Lo que queda de los «nouveaux» se dedica... a refinados juegos de erudición y a experimentaciones lúdicas que no interesan casi a nadie aparte de a una comunidad que amenaza con convertirse en «un club de autocelebración mutua»². Y el ejemplo remite a un historiador de éxito sostenido durante muchas décadas gracias a la vigencia perdurable de una de sus obras, de la cual tardó bastantes años en saber a qué corriente historiográfica pertenecía. Se trata de Carlo Ginzburg y de su obra *El queso y los gusanos*³. Pues bien, el libro se publicó por primera vez en 1976. Cinco años más tarde, en 1981 se acuña el término *microhistoria* para definir a una nueva corriente historiográfica⁴, de la cual el citado *El queso* se convertirá con el tiempo en obra de referencia. Y tendrán que pasar 18 años desde la fecha de aquella primera edición, hasta 1994, para que su autor se manifieste sobre el particular, para confesar modestamente que apenas sabía «dos o tres cosas» sobre la microhistoria⁵.

² Josep FONTANA. *La historia de los hombres*. Barcelona, 2001, pp. 296-297.

³ Carlo GINZBURG, *I formaggio e i vermi*, Turín, 1976 (Primera edición en castellano: *El queso y los gusanos*, Barcelona, 1981).

⁴ En realidad, en este año, la misma editorial que publicó *El queso*. Einaudi, inaugura una nueva colección bajo el nombre de «Microstoire». Para un conocimiento más profundo y un seguimiento detallado del proceso de consolidación de la microhistoria y de la identificación de *El queso* y de su autor con esta corriente, puede consultarse la obra de Justo SERNA y Analet PONS, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*. Madrid, 2000; especialmente, los capítulos 2 y 7. Volveremos sobre este asunto un poco más adelante.

⁵ Carlo GINZBURG, «Microhistoria: duo o tre cose che so di lei», *Quaderni Storici*, 85 (1994), pp. 511-539. En realidad, el teórico de la microhistoria que goza de mayor prestigio y reconocimiento es Giovanni LEVI, gracias, entre otros, a su breve tratado sobre este asunto inserto en la obra colectiva coordinada por Peter BURKE *New Perspectives on Historical Writing*, Cambridge, 1991, traducida al castellano con el título *Formas de hacer historia*, Madrid, 1993, donde se incluye el artículo de LEVI «Sobre microhistoria», en las pp. 119-143.

2. EL RETORNO DE LA BIOGRAFÍA⁶

En el año 1975, Carlos Seco Serrano denunciaba la desaparición de la biografía en el panorama historiográfico español, víctima de un alevoso secuestro supuestamente perpetrado por el marxismo economicista, corriente a la que se acusaba de protagonizar una invasión excluyente de los Departamentos de Historia de las universidades españolas, previa la vampirización de los mejores autores de la escuela o de la estela de *Annales*⁷. Unos pocos años más tarde, en 1979, Lawrence Stone celebraba la vuelta de la narrativa al escenario de la producción historiográfica occidental⁸. La escasa diferencia temporal de las dos declaraciones podría hacernos pensar a primera vista que la crisis de la biografía fue pasajera, aunque, en realidad, debemos tener en cuenta que no pueden relacionarse de manera directa los dos diagnósticos, pronunciados en el seno de dos tradiciones historiográficas de trayectoria bien diferenciada: la española postfranquista, de muy reciente «normalización», por un lado, y la franco-inglesa-americana, por otro, con una experiencia de rechazo a la narración que arranca, cuando menos, de los años cincuenta del siglo XX. Por esta razón, la lista de enemigos de la biografía o de la narración difiere notablemente según se trate de uno u otro autor. Para el español citado, el verdugo de la biografía fue el marxismo en solitario, mientras que el anglo-americano enumera una larga serie de corrientes que habrían atenazado durante dos o tres décadas la tradición narrativa: al lado del marxismo economicista, se citan también el modelo ecológico-demográfico francés, la «cliometría» americana, el estructuralismo francés y el funcionalismo parsoniano, cuyas características comunes serían la atribución

⁶ La vida de un hombre se desarrolla en múltiples planos, cada uno de los cuales puede ser objeto diferenciado de estudio, dando origen a otras tantas posibles biografías: moral, psicoanalítica, médico-clínica, privada, profesional, pública..., cada una de ellas con sentido propio. La biografía que nos ocupa en este trabajo se define como *biografía histórica*, y pretende distinguirse de las demás por su intencionalidad globalizadora; es decir, por su preocupación por abordar la vida de cualquier individuo desde la doble óptica de lo personal y de lo ambiental, de lo existencial y de lo histórico, todo ello sin renunciar a los apuntes dictados desde las instancias más recónditas de la moral, de la psicología o del historial clínico del biografado, aunque, eso sí, evitando el tratamiento complaciente de frivolidades, cotilleos, o «chismes» irrelevantes, supuestos o reales, de su vida privada.

⁷ Carlos SECO SERRANO, «La biografía como género historiográfico», en VV. AA., *Once ensayos sobre historia*, Madrid, 1976, pp. 107-117.

⁸ Lawrence STONE, «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24. Versión castellana, sin título, en *Debats*, 4 (1982), pp. 92-105, y en el libro recopilatorio de artículos del propio STONE *El pasado y el presente*, México, 1986, pp. 95-119, con el título «El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia». Asumiremos en adelante este título, aunque las citas remitan en todo caso al texto y a las páginas de la revista *Debats*.

a fuerzas supuestamente impersonales –la producción material, las condiciones ecológicas y el desarrollo demográfico, los resultados contables, las estructuras materiales o simbólicas, la respuesta mecánica, funcional, a las necesidades y carencias ...– de la función locomotora de la sociedad, frente a las cuales se reivindican, como factores dinámicos de, al menos, idéntico peso en la génesis del cambio social, la cultura y los valores del grupo, los modelos de comportamiento, la voluntad, los sentimientos y las emociones de los individuos, los deseos sexuales, las relaciones familiares, las creencias, las costumbres...; es decir, todos aquellos movimientos que tienen una impronta «personalizada», frente al presunto anonimato de las fuerzas contempladas por los historiadores preocupados por el análisis estructural de la dinámica histórica⁹.

Pues bien, si al modelo de historia estructural, «científica» y despersonalizada le correspondía un género historiográfico, un estilo expositivo y un lenguaje determinados –el analítico, apoyado en una terminología técnicamente selectiva y rigurosa–, este nuevo paradigma de historia más descriptiva y personalista se conforma igualmente como un género alternativo, basado en la narración –una de cuyas variables expositivas es la biografía–, que se plasma, a su vez, en una sintaxis fluida –en la medida en que el relato se libera de la tiranía recurrente del dato y de la correspondiente nota a pie de página–, y se nutre de un lenguaje próximo al común y tendencialmente orientado a la superación de las rigideces de la terminología especializada, todo ello orientado a dotar al relato de una cierta «dimensión literaria relevante»¹⁰.

⁹ Para L. STONE, este resurgir de la historia narrativa se sustentaba en el descrédito de la historia «científica», en todas las versiones en que ésta se había desdoblado. Esta versión de la evolución historiográfica occidental en los años setenta fue duramente criticada por Eric HOBSBAWN en 1980, para quien la emergencia de algunas fórmulas narrativas en la literatura histórica del momento no debía interpretarse como síntoma de un rechazo generalizado a la historia «científica», sino como manifestación de un enriquecimiento temático y formal de la historia socioeconómica, dentro de la cual se hace compatible el mantenimiento de las pretensiones explicativas globalizadoras y coherentes del cambio social con el recurso al detalle biográfico y a la descripción del acontecimiento: «La nueva historia de hombres y mentes, ideas y acontecimientos cabe verla como algo que complementa –en vez de suplantar– el análisis de estructuras y tendencias socioeconómicas» («The revival of Narrative: some Comments», *Past and Present*, 86 (1980), pp. 2-9; versión castellana, sin título, en *Debats*, 4 (1982), pp. 106-110, y en Eric HOBSBAWN, *Sobre la Historia*, Barcelona, 1998, pp. 190-195, con el título «Sobre el renacer de la narrativa», de donde tomamos las citas de este artículo; la que acabamos de hacer, en p. 193). Esta propuesta integradora no es ajena tampoco al pensamiento de L. STONE: «La cultura del grupo e incluso la voluntad del individuo son en potencia causas y agentes de cambio tan importantes como las fuerzas impersonales de la producción y del crecimiento demográfico» («El resurgimiento...», p. 95). Una visión más matizada del pensamiento de este historiador sobre el particular puede encontrarse en Agustí COLOMINES y Vicent S. OLMOS, «A vueltas con la narrativa. Un homenaje a Lawrence Stone», *Historiar*, 4 (2000), pp. 146-158.

¹⁰ Antonio MORALES MOYA, «Formas narrativas e investigación histórica», *Ayer*, 14 (1994), pp. 14-32; p. 24; cursiva, en el original. Véase, del mismo autor, «Biografía y narración

2.1. NARRACIÓN Y BIOGRAFÍA

La narración se define como género historiográfico por oposición a los diferentes modelos estructurales o analíticos, por un lado, y al providencialista, por otro, aunque generalmente pueda compartir con éste último un estilo literario semejante. Porque los géneros historiográficos son algo más que variables literarias. La escritura de la historia nunca es aséptica, y hasta las más inofensivas reivindicaciones estilísticas esconden o revelan concepciones ideológicamente impregnadas de intencionalidad explicativa. Porque, en definitiva, el lenguaje tampoco es neutral, como sabemos¹¹.

Así, pues, la narrativa como género historiográfico se diferencia de cualquiera de las variables del modelo analítico estructural, entre otras cosas que iremos comentando, por su recomendada tendencia al encadenamiento de los hechos según un orden cronológico, y por la búsqueda de la explicación personalista en el desarrollo de la historia. Por su parte, y frente al paradigma providencialista, en el que la concepción del tiempo suele situarse más allá de la experiencia sensorial o de la proyección intelectual humana –para convertirlo en tiempo sagrado, tiempo de salvación o de condenación, eterno, sin principio ni fin–, y en el que la fuerza motriz de la historia se sitúa en el impredecible y trascendente «dedo de Dios», la corriente historiográfica convencionalmente identificada con el modelo expositivo de la narración reivindica normalmente una concepción inmanente, a escala humana, del tiempo y de la dinámica social, y propugna una explicación genética del devenir histórico basada, como decíamos, en el principio de causalidad lineal, instancia que, en su versión historiográfica más purista, viene a identificar la secuencia cronológica de los acontecimientos con su explicación causal.

La historia narrativa, a su vez, puede adoptar formas variadas en función de los argumentos elegidos en cada caso. La de mayor tradición y más genérica remite a los acontecimientos político-militares o episodios singulares en gene-

en la historiografía actual», en VV. AA., *Problemas actuales de la historia*. Terceras Jornadas de Estudios Históricos, Salamanca, 1993, pp. 229-257; pp. 250-255.

¹¹ «La narración es un modo de escritura de la historia; pero es un modo que afecta también al contenido y al método, y que se ve afectado por ellos» (L. STONE. «El resurgimiento...», p. 92). La expresión más radical de esta especie de confusión entre lo literario-estilístico y lo ontológico pertenece a Paul RICOEUR, para quien «contar lo que ha sucedido es ya explicar por qué ha sucedido» (*Tiempo y narración. I: Configuración del tiempo histórico*, Madrid, 1987, p. 263), aunque el sentido de esta afirmación tan radical se matiza oportunamente en la obra citada en el sentido siguiente, como interpretan Agustí COLOMINES y Vicent S. OLMOS: «Narrar es explicar en cuanto que si la narración histórica es rigurosa y no consiste en contar una historia –un cuento–, la construcción de la trama narrativa atiende al cambio, la duración y la permanencia de los fenómenos que afectan al individuo conviviendo en sociedad» («A vueltas con la narrativa...», p. 153).

ral. Representa el paradigma historiográfico más antiguo y tradicionalmente suele adornarse con los atributos de la objetividad y de la imparcialidad.

Otro subgénero de la narrativa histórica lo encontramos en la biografía, dentro de la cual podemos distinguir, a su vez, cinco variables, al menos, en función de la diversa naturaleza de los protagonistas de cada relato. En primer lugar, debemos referirnos a la biografía de personajes relevantes de la vida política, militar, artística o social, colectivo que monopolizó el interés de los historiadores en el pasado y sigue disfrutando de una atención privilegiada en el presente¹². Los ilustrados del siglo XVIII, en un primer momento¹³, y, tras muchas décadas de hegemonía del empirismo academicista, los fundadores de *Annales* y los marxistas «occidentales», a mediados del siglo XX, arremetieron furibundamente contra estas modalidades de historia narrativa y de biografía histórica, sobre las que unos y otros vertieron agrios denuestos¹⁴.

En segundo lugar, nos encontramos, dentro del capítulo de la biografía, con el apartado dedicado expresamente a glosar la vida de las personas que han destacado por la intensidad con que han desarrollado el sentido religioso de su existencia. Se trata de la hagiografía, en sentido literal centrada en la narración de la vida de los santos, aunque, desde una perspectiva no dogmática ni sectaria, debería incluir también las obras dedicadas al seguimiento de la trayectoria vital del antihéroe religioso, del hereje, cuyo perfil honorable sólo resulta perceptible desde el punto de vista del disidente religioso, del heterodoxo. Consustancial a las hagiografías es el tono encomiástico o apoloético que se utiliza para resaltar las virtudes del protagonista. Tampoco suelen faltar en estas obras referencias al mundo fantástico, referidas a una esfera religiosa de una intensidad extrema, donde se borran los perfiles que separan lo inmanente de lo trascendente, lo natural de lo sobrenatural o preternatural, lo racional de lo mágico. Por supuesto, cuando se trata de escribir una antihagiografía, o, lo que es lo mismo, de

¹² Además de otras razones de carácter ideológico o teórico, los historiadores no pueden liberarse sin riesgo de la dependencia del documento escrito o de los testimonios materiales del pasado, cuyo halo de luz converge con más fuerza y mayor frecuencia en la vida de los notables. En cualquier caso, y bajo presupuestos teórico-metodológicos renovados. «se vuelve a poner de relieve el papel que el individuo sobresaliente, el héroe, o bien las élites, juegan en la historia» (Antonio MORALES MOYA, «Biografía y narración...», p. 236).

¹³ En su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, (1756), VOLTAIRE sentenciaba sin recato alguno: «La finalidad de este trabajo no es la de saber en qué año un príncipe indigno de ser conocido sucedió a un príncipe bárbaro en una nación grosera. Si se tuviera la desgracia de meterse en la cabeza la lista cronológica de todas las dinastías no se sabría más que palabras» (Citado por Josep FONTANA, *La historia de los hombres*, Barcelona, 2001, p. 95).

¹⁴ La militancia de los fundadores de *Annales* contra la «Historia historizante» dominante en las décadas finales del siglo XIX y primeras del XX en Francia y resto de Europa occidental queda bien reflejada en el título de la obra recopilatoria de los artículos de Lucien FEBVRE dedicados a la defensa del nuevo paradigma de metodología histórica: *Combats pour l'histoire*, París, 1953.

denigrar al antihéroe, la escritura se vuelve acerada en la descripción de los vicios y pecados del hereje, mientras sus excesos de piedad se relacionan con el submundo infernal de la perversidad satánica.

En tercer lugar, sabemos que la biografía se ha enriquecido notablemente a lo largo del siglo XX en lo que a variedad de protagonistas se refiere. Desde mediados de siglo, la nómina se abre para acoger los nombres de individuos marginales, herejes, delincuentes y rebeldes, cuyas vidas marcaron el contraste oficial entre el orden establecido y sus capacidades de asimilación e integración de los individuos fronterizos y las posibilidades de alteración o subversión del mismo¹⁵.

En cuarto lugar, debemos referirnos a una variable del subgénero biográfico de aparición reciente, cuya singularidad temática reside en la elección de personajes de referencia con un perfil social bajo, gris, poco menos que anónimo: ni héroes ni villanos; ni santos ni herejes; ni prohombres ni marginados; sencillamente, gentes del común. El modelo se consolidó hace apenas unas décadas, y su afirmación como paradigma alternativo frente al hasta entonces dominante, derivó en su consideración, no ya como una simple variable de la biografía, sino como una corriente historiográfica autónoma. Se trata, como es sabido, de la *microhistoria*, en pos de la cual se ha creado, desde comienzos de los años 80 del siglo XX, una fecunda estela de reflexión y pensamiento, cuyas secuelas se dejan ver, entre acogidas amables y prudentes reticencias, en múltiples trabajos de investigación histórica general¹⁶.

La *microhistoria*, en efecto, pretende definirse como algo más que un modelo alternativo de biografía. Sin embargo, este proceso de definición no está exento de ambigüedades y ángulos oscuros, fenómeno, por otra parte, recurrente en el campo de la reflexión teórica actual sobre la historia y la historiografía. Ya dejamos constancia unas páginas atrás del escaso interés del que es considerado como el pionero y maestro del género, Carlo Ginsburg, en la teorización sobre este asunto. Por su parte, el empeño de los teóricos por lograr un perfil nítido de las señas de identidad teórico-metodológicas de la escuela resulta tan meritorio como difuso¹⁷, toda vez que sus conclusiones apenas sirven para otra cosa que

¹⁵ «Después de la Segunda Guerra Mundial y más concretamente a partir de 1968, se impone en los estudios históricos el cambio de orientación.... al mismo tiempo que una palabra nueva, los «marginados», que aparece por primera vez y simultáneamente como sustantivo en la gran prensa y los trabajos de los historiadores» (Jean-Claude SCHMITT. «La historia de los marginados», en Jacques LE GOFF, director, *La nueva historia*, Bilbao, 1988, pp. 400-426; p. 402).

¹⁶ Las reflexiones en torno a esta cuestión no pueden faltar en ningún foro de debate que se precie. Por lo demás, la *microhistoria* cuenta con el privilegio de disponer de un órgano oficial de difusión, los *Quaderni Storici*, mientras es objeto de reflexión y de estudios específicos sobre su singularidad teórico-metodológica, tal como reflejamos en las notas 3, 4 y 5.

¹⁷ Veamos, si no, las conclusiones a las que llega G. LEVI en el artículo suyo citado en la nota 5: «Estas, son, pues, las cuestiones y posiciones comunes que caracterizan la microhistoria: la reducción de la escala, el debate sobre la racionalidad, el pequeño indicio como paradigma

para dar pie a nuevos esfuerzos hermenéuticos sobre las mismas, y así sucesivamente, hasta desdoblarse indefinidamente en una cascada interminable de aclaraciones e interpretaciones que resultan siempre complejas y difícilmente asimilables. Y todo ello para obtener unas rentas demasiado modestas, como pone de manifiesto algún historiógrafo de prestigio¹⁸.

En último término, cerraremos este apartado con una breve referencia a la prosopografía, especie de biografía coral o conjunto de biografías encadenadas por razones de parentesco o de afinidad corporativa, profesional u ocupacional de los individuos seleccionados. Su cultivo, como el de la biografía individual, tanto puede obedecer a simples criterios de curiosa erudición como a propuestas más exigentes de estudio del comportamiento histórico de colectivos que actúan en lugares o momentos distintos de acuerdo con unas pautas o referencias de alcance e incidencia tanto personal como grupal.

2.2. ALGUNAS RAZONES PARA EXPLICAR EL ÉXITO

La biografía ha vuelto. En propiedad, deberíamos hablar mejor de la recuperación del prestigio académico y del éxito social por parte de la biografía histórica. Porque, en realidad, esta modalidad de producción historiográfica nunca desapareció del todo de la escena universitaria y erudita¹⁹, a pesar de las

científico, el papel de lo particular (sin oponerse, sin embargo, a lo social), la atención a la recepción y al relato, una definición específica de contexto y el rechazo del relativismo» (p. 142). No parece extraño, a la vista del texto conclusivo, que las disquisiciones programáticas deban continuar, como ponen de manifiesto los autores de la obra citada en la nota 4.

¹⁸ «El pretexto del trabajo en una escala pequeña ha servido con demasiada frecuencia para presentar como muestras de novedad teórica minucias eruditas carentes de interés. Incluir las cautelas de los microhistoriadores y algunos de sus instrumentos en la caja de herramientas del historiador es de una utilidad innegable. Limitarse a trabajar con este equipo, no lleva demasiado lejos» (J. FONTANA, *La historia de los hombres*, p. 317).

¹⁹ Más que biografías en sentido divulgativo, en la Universidad española se han editado siempre monografías centradas en «reinados», completos o parciales, de determinados soberanos, elaboradas como Tesis Doctorales o con criterios semejantes, lo que convertía a aquellas obras en auténticos monumentos a la tiranía documentalista, al rigor metodológico y al lenguaje técnico; muy alejadas, por tanto, de los postulados estilísticos y narrativos de la biografía histórica más convencional y abierta al lector no especializado, en cuyo sentido las primeras en destacar en las últimas décadas, entre nosotros, fueron las de Jhon H. ELLIOTT, *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona, 1990 (Primera edición en inglés: *The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*, New Haven y Londres, 1986), Santos JULIÁ, *Azaña. Una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional*, Madrid, 1990, y Paul PRESTON, *Franco. «Caudillo de España»*, Barcelona, 1994 (Primera edición en inglés: *Franco. A Biography*, Londres, 1993). A modo de puente y de enlace entre aquellos estudios formalmente más rigurosos, cuyo arquetipo puede ser la monografía de Julio GONZÁLEZ sobre Alfonso VIII (*El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid, 1960; 3 vols.) y estas biografías más accesibles, la colección, dirigida por Valentín de la Cruz, «Corona de España», de la editorial La

voces alarmistas de alguno de sus más enfervorizados defensores. Pero, ahora sí, el retorno exitoso ha sido deslumbrante, como delatan algunas recientes ediciones de contenido biográfico destinadas al gran público²⁰. Así mismo, la elaboración de biografías por parte de profesores universitarios prestigiados por su trayectoria investigadora articulada en torno al género historiográfico mejor caracterizado por su perfil analítico-estructural²¹ permite adivinar que se está rompiendo el tabú de la incompatibilidad e incomunicación entre las dos modalidades básicas, supuestamente antagónicas, de afrontar el estudio del pasado: la analítica-estructural, por un lado, y la narrativa y biográfica, por otro, en beneficio de un intercambio de información, recursos y hallazgos necesariamente complementarios²².

Los analistas de este fenómeno han ido desgranando una larga lista de posibles causas coadyuvantes al resultado comentado. Reseñaremos aquí las más frecuentemente citadas, todas ellas ajenas al posible valor intrínseco de las obras históricas propiamente dichas.

Razones historiográficas, en primer lugar. Como comentábamos antes, la historiografía narrativa se renueva y regenera como alternativa a los supuestamente desgastados paradigmas «científicos» explicativos de la dinámica históri-

Olmeda, ha editado, desde 1994, una larga serie de obras dedicadas a los monarcas españoles –27 volúmenes, hasta el momento– que se mueven, como tónica general y con todas las variables que deben suponerse entre tantos autores implicados, entre uno y otro modelo de biografía: el más fiel a la tradición documentalista y analista, por un lado, y el más próximo al modelo narrativo y divulgativo que analizamos aquí, por otro.

²⁰ Tal como revelan las solapas que adornan las cubiertas de las sucesivas ediciones de alguna de estas obras, entre las que destacan las monografías que el profesor Manuel FERNÁNDEZ ALVAREZ ha dedicado a Carlos V (*Carlos V, el César y el Hombre*, Madrid, 1999), Felipe II (*Felipe II y su época*, Madrid, 1998) y la reina Juana (*Juana la Loca, la Cautiva de Tordesillas*, Madrid, 2000), Luis SUÁREZ a Isabel la Católica (*Isabel I, Reina (1451-1504)*, Barcelona, 2000) y a Enrique IV (*Enrique IV de Castilla. La difamación como arma política*, Barcelona, 2001) o Gonzalo MARTÍNEZ DÍEZ al Cid (*El Cid histórico*, Barcelona, 1999).

²¹ A este respecto, pueden servir de ejemplo las recientes publicaciones de José M^o MÍNGUEZ, *Alfonso VI*, Hondarribia, 2000, y Julio VALDEÓN, *Abderramán III y el califato de Córdoba*, Madrid, 2001.

²² Con este espíritu acometimos hace un par de años una nueva biografía sobre el Cid: F. Javier PEÑA PÉREZ, *El Cid Campeador. Historia, leyenda y mito*, Burgos, 2000. No hace mucho, sin embargo, la biografía y, en general, la divulgación gozaban de poca consideración en los medios académicos españoles y europeos, si no eran estigmatizadas como un borrón en el curriculum de cualquier investigador: «En la actualidad –se lamentaba J. H. ELLIOTT en 1989– la biografía política no está muy de moda entre los historiadores de la Europa moderna» (*El conde-duque...*, p. 10); por su parte, Carlos PASCUAL, director de la librería «Marcial Pons», recuerda cómo «durante muchos años... cuando se les hablaba (a los historiadores) de hacer Historia para un público amplio, aunque culto, casi siempre contestaban rehuendo el compromiso, con la argumentación de que eso sería entrar en el terreno de la *divulgación*» (Óscar MEDEL, «El boom de los libros de Historia en España», *Leer*, 130 (2002), pp. 16-24; p. 19: cursiva, en el original).

ca, cuyos «metarrelatos» habrían perdido vigencia tras unas décadas de hegemonía en los estudios históricos²³.

Podemos hablar, en segundo lugar, de motivos literarios. Parece plausible relacionar el éxito de la narrativa histórica, y el de la novela histórica, con el fenómeno sincrónico de la deriva frecuente de los géneros literarios clásicos –la novela, el teatro– y del cine hacia planteamientos y formas expresivas «no narrativas». Desde esta perspectiva, la narrativa histórica no habría cumplido otra función entre el gran público que el rellenado del hueco dejado por la narrativa de ficción.

Por supuesto, debemos dejar constancia, en tercer lugar, de los factores económicos. La publicación de biografías históricas se ha convertido en un suculento negocio para algunos editores y autores. Lejos de cualquier maniqueísmo, proclive a identificar el éxito de ventas de libros con su escasa calidad literaria o científica –¡como si las tiradas cortas o las ediciones fracasadas fueran sinónimo de todo lo contrario!–, y lejos también de cualquier variable de franciscanismo farisaico –despreciando el dinero que sabemos inalcanzable por esa vía–, entendemos que la abundancia de ediciones de literatura histórica, así como la presión de la publicidad que acompaña a alguna de estas producciones, nos obliga a conceder al tiempo el papel de árbitro principal para dilucidar la entidad real de las más exitosas, cuyo grado de validez se apreciará mejor desde la distancia que sólo puede conceder el paso de los años.

Otro dato, éste de carácter social, a tener en cuenta es el de la consolidación del individualismo en el conjunto de la sociedad occidental en las últimas décadas, como puede deducirse fácilmente de los avances del neoliberalismo, de la caída de la afiliación partidista y sindical y del asociacionismo reivindicativo –en beneficio del lúdico, solidario o de denuncia–, así como de la proliferación expansiva de las familias monoparentales y del aumento sostenido del número de personas que eligen la soledad –no necesariamente el aislamiento– como alternativa existencial para el desarrollo cotidiano de su vida privada. Pues bien, este ambiente social, de una gran impronta individualista, representaría un excelente caldo de cultivo para la recepción complaciente de obras históricas de carácter biográfico, por la sencilla razón de que propiciaría una fácil identificación del lector con el protagonista de cada historia, al tiempo que podría servirle de ayuda para superar posibles complejos de insolidaridad derivados de un individualismo mal asimilado.

Finalmente, hemos de remitir también a la instancia cultural, para tomar en cuenta el desencanto postmoderno que se expandió ampliamente por occidente en los años setenta del siglo XX, una de cuyas manifestaciones tiene que ver con

²³ Véase Antonio MORALES MOYA. «Formas narrativas e historiografía española», *Ayer*, 14 (1994), pp. 14-32; pp. 14-17.

la concepción ateleológica de la historia y con la relativización de las explicaciones clásicas de la dinámica social. El fracaso de los movimientos liberalizadores de los últimos sesenta del mismo siglo, tanto en Europa como en Estados Unidos, derivó en un pesimismo histórico que impregnó a numerosos pensadores e intelectuales y les condujo al convencimiento de que la instancia política, tal como había tomado cuerpo tras la Segunda Guerra Mundial, resultaba insertible para alentar cualquier proyecto de cambio social revolucionario. Al mismo tiempo, y ante la evidencia práctica del carácter indestructible del binomio progreso/dominación, emergen los círculos de pensamiento postmoderno, cuyos miembros renuncian a conceder al primer término, al progreso, cualquier relevancia programática en la perspectiva evolutiva de la sociedad, en clara ruptura con los planteamientos teleológicos dominantes en el pensamiento occidental desde los tiempos de la Ilustración. Además, se niegan a reconocer cualquier modelo de evolución de las sociedades que contemple la existencia de leyes reguladoras del devenir histórico y, mediante su aplicación al futuro, algún atisbo de prospectiva lógica aplicable al porvenir. Así quedan desautorizadas de un plumazo todas las grandes concepciones de la historia dominantes en el pasado, tanto moderno como pre-moderno: por supuesto, el providencialismo; y también la Ilustración, el positivismo comptiano, el idealismo y el materialismo dialécticos, el ecologismo, el demografismo estadístico, el estructuralismo, el funcionalismo, la «cliometría» y cualquier otro paradigma de explicación estructural, sistémica o de «historia total» que pretenda una explicación «redonda» de la dinámica de la sociedad. Del pasado más reciente sólo valdría la pena salvar las aportaciones de los románticos, en reconocimiento a su versión aleatoria e imprevisible de la historia y al protagonismo que reconocen al individuo en el diseño de su proyecto vital.

Esta renuncia a la consideración de las grandes nociones –humanidad, clase social, nación, continuidad, progreso, estructura, comunidad ...– como herramientas útiles para el análisis del pasado y del presente –y, si acaso, para realizar propuestas evolutivas respecto al futuro–, obliga a los postmodernos a realzar los conceptos opuestos de individualismo, acontecimiento, ruptura, discontinuidad, aleatoriedad e incertidumbre, proponiendo para cada momento un horizonte de posibilidades evolutivas prácticamente infinitas, sin que pueda afirmarse en ningún caso si la dirección tomada representa un paso adelante o atrás respecto al punto de partida. Todo este panorama no hace sino otorgar al individuo un lugar privilegiado en el desarrollo social y en el punto de mira analítico del historiador²⁴: si no hay dónde ir –o, mejor, si resulta indiferente dirigirse a cualquier parte–, cada cual que elija el camino que mejor le parezca; así la humanidad podrá avanzar hacia todas partes al mismo tiempo.

²⁴ Véase Antonio MORALES MOYA. «Historia y postmodernidad». *Ayer*. 6 (1992). pp. 15-38.

Así, pues, los ambientes literario, económico, social y cultural parecen propicios para el desarrollo exitoso de la biografía histórica. El abanico de referencias favorables podría aumentar, sin duda, aunque puede ser suficiente el que hemos comentado para hacernos una idea al respecto. Es el momento, por tanto, de intentar una definición de la biografía como subgénero historiográfico y de dar cuenta, también, de algunos de los problemas anejos a su desarrollo y a sus peculiaridades formal y temática.

3. LA BIOGRAFÍA:

RASGOS DEFINITORIOS Y PROBLEMÁTICA ANEJA

La biografía histórica de tradición cultural grecolatina hunde su pasado en las últimas décadas del primer siglo y primeras del segundo de nuestra era. Las *Vidas paralelas* de Plutarco en Grecia y los *Anales* de Tácito o la *Vida de los doce Césares* de Suetonio en Roma marcan el inicio de una modalidad de literatura histórica que llega hasta nuestros días. En el camino, personajes medievales como Eginardo²⁵ y los autores de la mayor parte de las crónicas que jalonan la historiografía medieval²⁶ y moderna mantienen viva la llama de la biografía, que

²⁵ Autor de la *Vita Caroli Magni*, escrita hacia el año 830.

²⁶ Es cierto que la biografía, dentro de la corriente narrativa medieval, cuenta con un territorio historiográfico propio, en el que pueden destacarse obras como la citada de Eginardo, la *Vida de Federico Barbarroja*, de Otón de Freising, del siglo XII, o, por referirnos a la España medieval, la *Historia Roderici*, centrada en la vida del Cid, y la *Historia Compostelana*, monopolizada en la práctica por la figura de su inspirador, el obispo Gelmírez, ambas del mismo siglo XII. Pero, aparte lo dicho, es bien cierto que la mayor parte de los *Anales*, *Historias* y *Crónicas* medievales otorgan un protagonismo relevante a los sucesivos soberanos que jalonan los periodos historiados en cada caso, por lo que la mayor parte de estos relatos bien pueden ser considerados como simples sumas de biografías (Véase Carmen ORCÁSTEGUI y Esteban SARASA, *La historia en la Edad Media. Historiografía e historiadores en Europa Occidental: siglos V-XIII*, Madrid, 1991).

De acuerdo con estos planteamientos, nos parece un prurito humanista excesivamente restrictivo la defensa de la idea de que la biografía surge en Europa en el momento de consolidación de los estados nacionales y de su transición hacia el Estado Moderno. Para el caso concreto de Castilla, se propone que «el retrato aparecerá en su forma pura o bajo la biografía, como forma historiográfica, en los reinados de Juan II y Enrique IV» (Luis Vicente DÍAZ MARTÍN, «La biografía medieval. Origen y perspectivas», en *Aragón en la Edad Media. El Estado en la Baja Edad Media: Nuevas perspectivas metodológicas*, Zaragoza, 1999, pp. 7-30; p. 10), criterio que tal vez pueda defenderse solamente desde la consideración de la biografía en su versión más personalista, centrada básicamente en el individuo particular, al que se le pretende contemplar aislado del entorno, orgulloso de sus virtudes, de su formación y de su identidad personal incontaminada —muy al gusto humanista, en definitiva—, cuya semblanza habría resultado ciertamente difícil para el cronista medieval (p. 28), y que a nosotros se nos antoja parcial e incompleta, como tendremos ocasión de remarcar más adelante.

se renueva en la época romántica tras los desaires de la Ilustración y sobrevive a los drásticos giros teórico-metodológicos dados por la ciencia histórica a lo largo de los siglos XIX y XX, hasta llegar a nuestros días plena de vitalidad y reconocimiento²⁷.

3.1. INTENTO DE DEFINICIÓN

A lo largo de estos largos veinte siglos, el modelo narrativo de la biografía histórica se ha ido forjando como un estilo definido por unas características internas y externas que conviene perfilar en sus rasgos comunes y en sus variables metodológico-estilísticas más señaladas.

—Al igual que cualquier otra narración, la biografía ha de disponer la materia histórica en una secuencia cronológica lineal, continua, de tal manera que la trama principal²⁸ no se pierda entre enredos secundarios y artificios literarios distorsionadores del orden temporal que vayan más allá de lo que nos deparan la experiencia cotidiana del paso del tiempo, por un lado, y el uso cabal de los recuerdos y de la memoria, por otro²⁹. Por definición, el argumento básico de la

También parece excesivamente reduccionista la propuesta de situar el comienzo de la biografía en los tiempos modernos, aduciendo razones de alcance filosófico: «El *individuo* (es un) carácter que corresponde en propiedad al hombre moderno y que hace a la biografía, consagrada a la narración y examen de una vida individual, un género *strictu sensu* igualmente moderno» (Susana STROZZI, «Sujeto y persona en la biografía histórica», en Carlos BARROS, editor, *Historia a debate. Tomo III: Otros enfoques*, Santiago de Compostela, 1995, pp. 175-182; p. 176; cursiva, en el original). Extremando el argumento hasta el ámbito de los derechos «humanos» individuales, podríamos decir que la biografía habría sido inviable antes de que se declarasen, reconocieran e hicieran efectivos tales derechos.

²⁷ En este largo camino, la biografía ha encontrado en el academicismo documentalista, en el psicoanálisis o en el personalismo humanista unas bazas de prestigio para sobrevivir con dignidad, hasta su consolidación actual como biografía plenamente histórica.

²⁸ La biografía histórica, como cualquier otra narración, debe desarrollarse sobre una cierta base argumental y disponerse con una determinada lógica narrativa. Debe someterse a un guión, no predeterminado ni forzado, sino iluminador de la acción y de la narración. La biografía, en suma, debe ser algo más que una suma de datos y acontecimientos que jalonan cualquier existencia humana particular; debe ser algo más que una descripción.

²⁹ Peter BURKE entiende que algunos logros narrativos de la literatura de ficción o del cine pueden resultar útiles para que las narraciones históricas y las biografías puedan adquirir la textura de «narraciones densas»: la micronarración o microhistoria; la multivocidad, o incorporación en el relato de la opinión de varios personajes sobre el sentido de su vida y de su tiempo: la «historia hacia atrás», o reconstrucción retrospectiva de los acontecimientos, anunciando la explicación genética de lo que el lector está leyendo en lo que viene 'después', en el capítulo 'siguiente'; y «los relatos que se desplazan atrás y adelante entre mundos públicos y privados ('desde arriba y desde abajo') o presentan los mismos acontecimientos desde múltiples puntos de vista» («Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración», en Peter BURKE y otros, *Formas de hacer historia*, Madrid, 1993, pp. 287-305; pp. 297-305). También se propone la aplicación a la

biografía ha de ser la exposición de la vida de una persona, recorrida en su totalidad o en alguno de sus tramos más relevantes o mejor conocidos y con indiferencia de que tal individuo ostente un cargo y actúe predominantemente como persona pública o se encuentre entre el común de los mortales que desarrollan su existencia en la periferia o en los marcos más convencionales de la vida social.

—Parece consustancial a la biografía, también, el predominio de la descripción sobre el análisis, y de lo particular y específico sobre lo general y estadístico, aunque las reflexiones analíticas y las referencias al contexto y a lo genérico y común constituyen también ingredientes indispensables para que la narración biográfica adquiera una mínima densidad³⁰.

—Como seña formal de identidad, los biógrafos deben esforzarse especialmente por adornar su relato con los recursos estéticos propios de una prosa exquisita y elegante, en sintonía con las pretensiones artísticas de la literatura convencional³¹.

Estas consideraciones nos obligan a delimitar con un cierto rigor el campo de cultivo de la biografía histórica. Y este acotamiento debe hacerse, sobre todo, respecto a las monografías de historia en cuyo título destaca el nombre de algu-

narración histórica de algunos hallazgos expresivos de la pintura, como el puntillismo, magistralmente aplicado por Peter BROWN en su obra dedicada al estudio del final del mundo antiguo, según la opinión de L. STONE («El resurgimiento...», p. 100, refiriéndose a la obra de Peter BROWN, *The World of the late Antiquity from Marcus Aurelius to Muhammad*, Londres, 1971).

³⁰ Incluso para quienes profesan un indisimulado afecto por la narrativa y por la biografía, las referencias al contexto y el aprovechamiento de los resultados de los análisis estructurales se considera un deber indeclinable para los biógrafos: «El biógrafo-científico no puede llevar a cabo su obra sin tener en cuenta un mundo de matices, de «contextos» (C. SECO SERRANO, «La biografía...», p. 111); «El historiador narrador no evita nunca el análisis...; al narrador no le sobrarán toda la competencia, toda la experiencia y todo el saber adquiridos en la práctica de una historia analítica de la sociedad, de la economía y de la cultura, si quiere ofrecer una explicación admisible de los hechos a veces bien extraños que tiene posibilidades de encontrar» (L. STONE, «El resurgimiento...», pp. 92 y 103). La combinación armoniosa de lo particular y lo general, de lo analítico y lo narrativo, en la biografía ha de ser, a nuestro entender, la principal referencia para calibrar el sentido y valor de cada obra. Las calidades narrativas y literarias ayudarán a redondear el juicio valorativo de las mismas (Véase Antonio MORALES MOYA, «Biografía y narración...», pp. 240-241).

Habría que añadir aquí a todo lo dicho sobre esta cuestión que no se trata de deslegitimar o desautorizar sin más la biografía de corte personalista, al estilo humanista antes mencionado o como plataforma para el sondeo sicoanalista de cualquier individuo, sino de relacionar su valor «histórico» con su mayor o menor grado de impregnación del ambiente social y cultural en que discurre la vida del biografiado y con su consecuente recurrencia al análisis para dar cuenta de esa interacción.

³¹ Por supuesto, la prosa de los estudios históricos de corte analítico-estructural también puede —debe— aspirar a la elegancia —y no faltan historiadores que lo consiguen en grandes dosis—; lo que se defiende aquí es una especial exigencia en este sentido para los escritos históricos de formato narrativo o biográfico, como decíamos antes. Sobre este particular se pronuncia en el mismo sentido J. ÁLVAREZ JUNCO, *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, 1990, p. 10.

na persona concreta, generalmente relevante, lo que podría hacerlas candidatas, sin más, a engrosar el elenco de las obras biográficas. Y es que, al margen del título, debemos fijar la atención en otras cuestiones, como hemos adelantado páginas arriba. Los estudios que remiten al *reinado de...*, *El reino en la época de...* o similares suelen referirse a espléndidas obras de historia, aunque, por regla general, difícilmente pueden encajar en el subgénero historiográfico de la biografía. Más bien al contrario, su metodología, su esquema, su desarrollo y su literatura remiten al género analítico-estructural, dada su constitución como instrumentos de estudio y análisis de las estructuras político-administrativas, en algunos casos, socioeconómicas, en otros, o, en fin, ambas cosas a la vez³². La biografía histórica debe obedecer a los dictados del género historiográfico identificado con la narración; en consecuencia, se presentará bajo un formato divulgativo –alto o bajo–, y se centrará argumentalmente en el seguimiento selectivo de la vida y de la estela histórica de cualquier persona o personaje del pasado, cuya figura será el eje vertebrador de la narración que desgrana su existencia y la sitúa convenientemente en el ambiente –político, religioso, científico, económico, social, cultural ...– en que le corresponde actualizarse.

3.2. CUESTIONES DISPUTADAS

Al hilo de las múltiples reflexiones que se han producido en las últimas décadas sobre la biografía histórica se han ido suscitando cuestiones problemáticas relacionadas con la naturaleza de este subgénero o, más frecuentemente, con el *modus operandi* de los investigadores que han afrontado el reto de escribir historia desde esta variedad narrativa. Entre las primeras, las de pretensiones definitorias, nos encontramos con dos campos de debate fundamentales, relacionados con el perfil, público o privado, del biografiado, el primero, y, el segundo, con el carácter, *interno* o *externo*, que el autor confiera a la narración, según se analice, de manera predominante, la figura del protagonista del relato *desde dentro* o *desde el exterior*. Mayores dilemas se plantean, sin embargo, cuando se analiza la labor del historiador en su tarea de elaboración de una biografía: las posibilidades reales de abordar con rigor el estudio de una vida humana concreta; las relaciones entre texto y contexto, o, lo que viene a ser lo mismo en la práctica de la investigación y de la escritura, entre los datos documentados y las conjeturas; las actuaciones paradójicas o paradigmáticas del individuo en relación a su teórico grupo de pertenencia; el peligro del finalismo en

³² La mezcla de lo analítico y de lo narrativo en el tratamiento de las estructuras socioeconómicas, por un lado, y los acontecimientos políticos, por otro, puede dar excelentes resultados, como es el caso de la obra de Carlos LALIENA dedicada a Pedro I de Aragón y su reinado: *La formación del Estado feudal: Aragón y Navarra en la época de Pedro I*, Huesca, 1996.

la elaboración del guión; la armonización del análisis y la narración y el manejo ponderado de los cambios de escala, plano o enfoque... Éstos y otros problemas de semejante tenor son los que con mayor intensidad inquietan –o deben inquietar– al historiador comprometido en la elaboración de cualquier biografía histórica.

Las cuestiones relacionadas con el biografiado que suscitan alguna problemática son, como decíamos, de baja densidad: la restricción que puede plantearse para la biografía, en el sentido de que deba reducirse su campo de aplicación exclusivamente a protagonistas de ámbito social privado o, mejor, al reducto personal y privado de cualquier individuo³³, tengan o no proyección pública sus actos, no parece tener mucho fundamento, toda vez que el subgénero no se ha de definir tanto por el cariz social del biografiado o de sus actos, sino por el énfasis de su presencia en el relato y en el desarrollo de la acción, así como por el estilo narrativo que ha de impregnar a la obra en cuestión, como decíamos antes. De la misma manera, las distinciones entre biografía *interna* o *desde dentro* y *externa* o *por líneas exteriores* tampoco se ofrecen como alternativas incompatibles, al menos en el terreno de los planteamientos programáticos: «Toda investigación biográfica (debe) contener rasgos de ambos tipos»³⁴, aunque el deseado equilibrio se consiga pocas veces, alternando en las producciones concretas obras en las que se resaltan los rasgos personales y la percepción de la realidad ambiental propia del biografiado, frente a otras en las que predomina la observación del ambiente y el estudio de los efectos que los agentes externos causan en el individuo elegido como espejo de la realidad social que se pretende analizar. La deriva hacia una u otra dirección puede deberse tanto a la naturaleza y atractivo del biografiado como a los intereses, habilidades y recursos del investigador.

Mayor peso específico, decíamos, tienen los problemas relacionados con el modo de actuar del autor. Comencemos por las disquisiciones sobre la viabilidad exitosa de la propia biografía. Con frecuencia, los estudiosos y teóricos de la biografía se preguntan sobre las posibilidades reales de elaborar una historia consistente, seria y rigurosa, bajo el formato de la biografía. Arnaldo Momigliano definía en 1968 a este subgénero con una característica doble: ambigüedad y fecundidad. En la biografía, según él, contamos con un espacio controlado: el

³³ Luis Vicente DÍAZ MARTÍN insistía, en el artículo antes citado («La biografía bajomedieval...», p. 21), en la distinción entre «crónica oficial» y «biografía particular», distinción que resulta un tanto forzada cuando se quiere proyectar sobre los monarcas y sus colaboradores de los tiempos anteriores al desarrollo de la democracia, dado el alto índice de discrecionalidad de que disfrutaban en el ejercicio del poder. lo que confería a sus actos oficiales un cariz personalista perfectamente encajable en su «biografía particular».

³⁴ Javier MORENO LUZÓN. *Romanones. Caciquismo y política liberal*, Madrid. 1998, p. 22; C. SECO SERRANO, «La biografía...», pp. 111-114.

individuo como tal y como sujeto social, como un campo delimitado en el que cada cual podría desplegar sus destrezas historiográficas. Pero, a continuación, se planteaba una duda en gran manera paralizante: ¿Estará algún día al alcance de los historiadores el conocimiento de los ilimitados aspectos de la vida? La conclusión se quedaba en el ámbito de la duda: el individuo es un límite en el doble sentido de acotar el campo de observación, por un lado, y de obstaculizar el proceso de investigación, por otro; y la biografía tanto puede apreciarse como un instrumento valioso para la investigación histórica como una vía para huir de ella³⁵.

Dos décadas después, Giovanni Levi vuelve sobre el mismo tema para plantearse las mismas dudas: los biógrafos progresan en sus empresas, pero siempre se toparán con la «complejidad irresoluble» del individuo y de su biografía: «Fascinados por la riqueza de los destinos individuales pero incapaces de dominar la singularidad irreductible de la vida del individuo»³⁶. Más historiador de campo que teórico, y, por tanto, «más proclive... a resolver los problemas historiográficos que a destacar las dificultades del trabajo histórico», Jacques Le Goff reconoce la dificultad que supuso para él la elaboración de la biografía sobre San Luis, tal como se expresa en su introducción: «Me he convencido de una apabullante evidencia: la biografía histórica es una de las más difíciles maneras de construir la historia»³⁷.

Las dificultades, en éste como en cualquier otro campo del trabajo histórico, son muchas, y las fórmulas para su superación, cada vez más abundantes y eficaces. Por lo que respecta a la biografía, resulta particularmente útil el recurso al contexto para rellenar las lagunas informativas dejadas por el legado textual o material, aunque tampoco aquí los historiadores y teóricos se ponen de acuerdo sobre su verdadero valor. Sin duda, por mucha información que poseamos sobre cualquier individuo del pasado, siempre quedarán recovecos de su personalidad y actuaciones protegidas por el secreto más inaccesible. Para rellenar estas lagunas parece aconsejable el recurso al contexto, mediante la conjetura o la analogía, para unir con una mínima coherencia los tramos vitales ocultos del biografiado o vincular con una cierta lógica los episodios de su vida de apariencia más incoherente. Ahora bien, las consecuencias de la utilización de este

³⁵ Arnaldo MOMIGLIANO, *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, Méjico, 1986; primera edición: 1968; y «El historicismo revisado», en *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, Méjico, 1993.

³⁶ Giovanni LEVI, «Les usages de la biographie», *Annales*, 6 (1989), pp. 1325-1336. p. 1329. Véase Nora P. PAGANO, «Biografía e historiografía», en Carlos BARROS, editor, *Historia a debate. Tomo II: Nuevos paradigmas*, Santiago de Compostela, 2000, pp. 53-61; pp. 54-55.

³⁷ Citado por Luis Vicente DÍAZ MARTÍN, «La biografía bajomedieval...», p. 8, a quien pertenece también el texto entrecomillado anterior. La obra citada de J. LE GOFF es *Saint Louis*, París, 1996.

recurso no son igualmente valoradas por todos los historiadores. Mientras que para unos la legitimidad de tal forma de proceder y la calidad de los resultados derivados de su prudente utilización resultan incuestionables en la investigación histórica en general y en la biográfica en particular³⁸, para otros tales apoyaturas no hacen sino pervertir el discurso histórico hasta equipararlo al desarrollado en la narrativa de ficción. Para éstos, cualquier conjetura contextual es equivalente a una pura invención³⁹, sin contacto con la realidad objetiva y sin pretensión alguna de veracidad, lo que, en el mejor de los casos, convertiría a cualquier biografía en un entretenido relato de ficción, en una novela histórica.

Aparte lo expuesto, el manejo del contexto requiere un exquisito cuidado, si no queremos caer en simplificaciones o abusos. Simplificaciones derivadas de su concepción como un concepto unívoco e invariable en el ecosistema existencial del individuo. En cualquier sociedad y en cualquier momento, el ambiente cultural que rodea y envuelve a cada persona se puede considerar como una suma de contextos –económico, político, religioso, artístico, familiar...– que, además, inciden –o pueden incidir– de manera discontinua y cada uno con intensidades variables en la vida de cada persona en las diversas etapas y circunstancias por las que discurre su existencia. No debe ser, por tanto, el recurso al contexto un expediente fácil ni de uso caprichoso. Tampoco conviene convertirlo en la panacea encubridora de cualquier carencia informativa o debilidad argumental. El hipercontextualismo es un vicio que pretende diluir el protagonismo individual bajo dos fórmulas aparentemente contrapuestas pero convergentes: por un lado, bajo la pretensión de que se puede reconstruir la vida de cualquier persona a base de referencias contextuales, y, por otro, con la defensa de la idea de que la contemplación del individuo es un ejercicio caprichoso y gratuito, toda vez que el contexto contiene y explica cualquier variable de afirmación personal⁴⁰.

Vinculado al problema del contexto se nos presenta el de las relaciones del individuo y el grupo. En este punto los posicionamientos y los debates son

³⁸ «En el fondo se trata de un intento de superación de la concepción estrechamente documentaria (del proceso de investigación histórica)... Una nueva concepción de *contexto* y algunas derivaciones como las analogías y las conjeturas (bajo el formato de juicios de compatibilidad histórica o bien consideraciones genéricas de plausibilidad), se constituyen en formas alternativas de conocimiento» (Nora P. PAGANO, «Biografía e historiografía», p. 56; cursiva, en el original).

³⁹ Benedetto CROCE se refería en 1938 a la «imaginación combinatoria» para designar este recurso al contexto con fines de relleno de vacíos documentales y de elaboración de relatos coherentes y perspicaces, aunque estaba convencido de que tales rellenos no pasaban nunca de ser meros productos de la imaginación (Comentario extraído de Nora P. PAGANO, «Biografía e historiografía», p. 56, donde también se citan otros testimonios contrarios a la opinión de Croce).

⁴⁰ Véase Nora P. PAGANO, «Biografía e historiografía...», pp. 57-58.

siempre más vivos y radicales. Fuera del recurso fácil a la contraposición extrema entre individualistas y estructuralistas, radicalismo que muchas veces sólo existe en las versiones reduccionistas que cada grupo hace de las opiniones de sus adversarios, las cuestiones que actualmente interesan a los historiadores y biógrafos, entre otros, se centran en la delimitación conceptual del individuo susceptible de convertirse en protagonista de una biografía, así como en el análisis de las distintas posibilidades de afirmación o de negación de la persona respecto a su grupo de pertenencia o, en su caso, de referencia. Y en este debate se desenvuelven en la actualidad tanto los neopositivistas, individualistas por tradición, como los marxistas, supuestamente antiindividualistas por convicción. En cuanto a los protagonistas, la lista de candidatos aumenta cada día, como sabemos. A los santos, reyes, soberanos, gobernantes y otros personajes singulares de la vida política y militar, se han venido uniendo, desde mediados del siglo pasado, individuos de la más variada extracción social –herejes, marginales, villanos, artesanos, profesionales, campesinos–, lo que ha dotado al subgénero biográfico de un vigor y colorido desconocidos hasta el momento. Y, en cuanto a las posibilidades de afirmación o negación de cada persona individual, los contrastes se establecen a partir de un número amplio de variables y de posibilidades o imposibilidades: posiciones de plegado consciente, inercial o pasivo a los valores dominantes; de rechazo o identificación con los fines y medios establecidos para la obtención del bienestar estandarizado o selectivo –o sólo con los medios, o sólo con los fines–; las situaciones extremas de altruismo generoso o de egoísmo insolidario; el grado de compromiso social, que tanto puede encaminarse hacia el apuntalamiento del orden establecido como a su desestabilización o derribo; en fin, toda una infinita gama de proyectos y comportamientos que, si bien tienen un claro límite como horizonte de afirmación individual positiva, se abren sin barreras hacia el campo del rechazo a lo establecido y de resistencia a sus dictados hasta la negación personal⁴¹.

⁴¹ Los intentos de tipologización de las diferentes variables de biografía apuntan en varios sentidos: Giovanni LEVI establece tres modalidades básicas: prosopografía y biografía modal, biografía y contexto y biografía y casos límite («Les usages de la biographie», *Annales*, 6 (1989), pp. 1325-1336; p. 1329); Nora P. PAGANO enumera, a partir de la consideración de algunas obras de referencia ya escritas, algunos más: modelos ejemplares, tipos ideales, individualidades, personajes condensadores de una época o productos de ella, racionalidades selectivas y estrategias intersticiales («Biografía e historiografía», p. 54); Francisca COLOMER PELLICER, por su parte, se refiere a los «tres niveles en que todo hombre puede ejercer su libertad: como individuo-masa..., como individuo-élite... y como individuo-genio» («Biografía y cambio social: la historia que estamos viviendo», en Carlos BARROS, editor, *Historia a Debate. Tomo III: Otros enfoques*, Santiago de Compostela, 1995, pp. 167-174; p. 173), esquema en el que, por cierto, resulta difícil ubicar, por ejemplo, al marginal o al rebelde, entre otros. Desglosando el concepto de *biografías externas*, Javier MORENO LUZÓN se refiere, como caso extremo de reflejo de un determinado ambiente, a la *biografía paradigmática* o *arquetípica*, en la cual «el personaje escogido, más que excepcional, ha de ser representativo en relación al fenómeno que se desea analizar» (*Romanones*,

Otro tema controvertido relacionado con la investigación histórica en general y la elaboración de biografías en particular es el del uso que el historiador debe hacer del conocimiento de los resultados finales de los procesos históricos, que para sus protagonistas resultaban casi siempre inescrutables. ¿Debe olvidarse de esos conocimientos e intentar reconstruir la historia desde la misma posición de incertidumbre que atenaza a los agentes sociales de cada momento? ¿Debe renunciar, en consecuencia, a hablar de procesos, para referirse sólo a acontecimientos? Y si se consigue así revivir las mismas sensaciones y describirlas fielmente como tales experiencias azarosas, ¿qué añadirá el relato del historiador a la experiencia directa de los protagonistas? ¿Deberá reducirse la historia a una mera recuperación de los sentimientos, conocimientos y actuaciones de los hombres del pasado? ¿Deberá detenerse en el grado de conciencia y de análisis que los protagonistas de cada proceso histórico tenían y hacían de su propio devenir? ¿Hemos de renunciar, por ejemplo, a definir como un proceso revolucionario al conjunto de actuaciones individuales y colectivas que concurren a tal fin, por el simple hecho de que los agentes implicados en ese mismo proceso no fueran conscientes de que sus actos estaban inscritos en una secuencia dinámica que conducía objetivamente hacia un corte histórico de carácter revolucionario? No faltan historiadores que opinan que el autor debe prescindir de sus conocimientos sobre el «futuro» del protagonista y establecer un muro de incomunicación con el mismo para avanzar en la narración al ritmo y al hilo de las decisiones del biografiado⁴². Ciertamente, debe procurarse vencer la tentación de la identificación empática o de la fobia antipática hacia el personaje cuya vida queremos relatar⁴³; debe, sobre todo, evitarse el fraude de recurrir al planteamiento de falsos problemas, imaginarios y gratuitos –un determinado proyecto vital– sobre la base del conocimiento de su resolución –de la suerte

Caciquismo y política liberal, Madrid, 1998, p. 22). En estos casos, la biografía propiamente dicha queda notablemente desdibujada, al desviarse el interés del individuo al grupo.

⁴² «Hemos de poner un dique impenetrable entre cada actuación de nuestros biografiados y su futuro, que para nosotros es también pasado y por ello relativamente conocido» (F. COLOMER PELLICER, «Biografía y cambio social...», p. 172).

⁴³ Un caso de evidente y nociva identificación empática podemos observarlo en Ramón MENÉNDEZ PIDAL y el personaje del Cid; y de fobia antipática, en el mismo historiador con el monarca castellano-leonés Alfonso VI. Ambos fenómenos pueden apreciarse en la obra *La España del Cid*, Madrid, 1969; 2 vols., de la cual el mismo autor elaboró diversas versiones. Otro personaje paradigmático que ha contado frecuentemente con la adhesión simpática de sus biógrafos ha sido Franco: «Francisco Franco es el menos conocido de los grandes dictadores del presente siglo. Esto se debe en parte a la cortina de humo creada por sus hagiógrafos y propagandistas. En vida se le comparó con el arcángel San Gabriel, Alejandro Magno, Julio César, Carlomagno, el Cid, Carlos I, Felipe II, Napoleón y una hueste de héroes reales o imaginarios... (y se le consideró) como «un don de Dios... que la Providencia concede a las naciones cada tres o cuatro siglos»» (P. PRESTON, *Franco...*, p. 13, citando, al final, a Luis Carrero Blanco).

final del sujeto en cuestión⁴⁴—; pero de ahí a renunciar a lo que el historiador *sabe* —o debe saber— *de más* respecto a los sujetos-objetos de sus investigaciones media un abismo. De hecho, es en este necesario *plus de sabiduría* donde reside la razón de ser del historiador, al que se le supone, desde la distancia que le separa de los acontecimientos y personajes del pasado, mejor informado que los propios interesados sobre la dinámica general que alienta los procesos históricos e, igualmente, mejor formado, gracias a los aportes de las disciplinas que tienen como objetivo el estudio del hombre y de la sociedad —psicología, sociología, economía, política, antropología, medicina...—, para comprender, cada uno en su campo de especialización, el comportamiento individual y colectivo de las personas en cualquier espacio y tiempo en que éstas se sitúen⁴⁵.

Para finalizar este apartado de cuestiones disputadas, realizaremos un breve comentario sobre las relaciones entre análisis y narración o, por ceñirnos mejor al tema principal de este trabajo, entre las obras de diseño estructural y la biografía. Ya hemos dejado constancia de las declaraciones de buena voluntad, en el sentido de que conviene aspirar a una armonización entre los dos géneros historiográficos, aspiración que sólo puede ser rechazada desde planteamientos, a nuestro juicio, demasiado radicales⁴⁶. Por otra parte, los teóricos de la microhistoria han resaltado los buenos resultados que han rendido a la historia en general algunas técnicas de observación del pasado particularmente útiles en el proceso de elaboración de biografías de esta naturaleza. Se trata, por ejemplo, de la reducción de la escala de observación, que permite apreciar detalles de la realidad social que habitualmente se escapan a la mirada del analista estructu-

⁴⁴ A pesar de los buenos resultados obtenidos por algunos biógrafos con la aplicación del psicoanálisis, se observa entre los estudiosos y teóricos de este subgénero un amplio consenso sobre las cautelas que deben tomar los historiadores en el uso de este instrumental científico cuando se enfrentan a la elaboración de una biografía *histórica*, por más que en la novela o en la biografía de corte intimista haya rendido unos resultados espléndidos.

⁴⁵ Cuando se comentan, por ejemplo, las razones del éxito de obras como *El queso* de C. GINZBURG, además de resaltar algunos aspectos llamativos relacionados con el perfil humano y profesional del protagonista del relato —un modesto molinero—, se hace hincapié en las cualidades literarias y, sobre todo, profesionales que asisten al autor de la obra: «El investigador *sabe más*, sabe más en el sentido de que conoce los condicionantes que ignora el sujeto y puede revelar las consecuencias intencionales o los efectos perversos de sus mismas acciones. Por tanto, está en disposición de arrojar luz sobre las circunstancias y regularidades que son opacas para los propios individuos (que las están viviendo)» (Justo SERNA y Analet PONS, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid, 2000, p. 34).

⁴⁶ F. COLOMER PELLICER nos relata, en el artículo antes citado, su itinerario teórico-metodológico desde su aversión juvenil a la biografía hasta su conversión actual en una radical defensora de este formato como el más adecuado para acometer cualquier estudio de historia: «Las explicaciones sobre las leyes históricas ya no sirven... (Hay que) explicar la historia como el hacerse y el hacer de cada hombre» («Biografía y cambio social...», p. 168).

ral⁴⁷. La microhistoria, así, no se presenta como una fórmula alternativa enfrentada a los modelos analíticos dominantes, sino como una plataforma complementaria de cualquiera de éstos⁴⁸. Y lo mismo podemos decir de la biografía y de la narración histórica en general.

Pero hay más. Las buenas voluntades y la conveniencia de las reducciones de escala pueden aconsejar el tránsito y la alternancia del análisis a la narración como un simple ejercicio higienizante para el historiador inquieto. Y no estaría de más que así sucediera con más frecuencia. Pero, según han dejado planteado algunos autores, las relaciones entre una y otra instancia de aproximación a la realidad histórica deben alcanzar un mayor grado de densificación y reconocimiento en su potencial interactivo, para definirse como dialécticamente inevitables⁴⁹ en el sentido siguiente: debemos asumir que algunas preguntas derivadas del análisis estructural sólo podrán ser contestadas desde la reducción de la escala de observación que se hace posible mediante la elección de objetivos reducidos y a través del lenguaje narrativo; y, viceversa, el enfoque personalista de la narración nos llevará al planteamiento de problemas cuya resolución sólo se podrá acometer desde la panorámica analítica estructural⁵⁰. El intercambio de problemas y soluciones entre una y otra fórmula historiográfica debe ser algo más, por tanto, que un mero capricho erudito, un ejercicio lúdico de gimnasia intelectual, o, peor, simple resultado de una vergonzosa concesión al gusto del gran público o caída deshonrosa en la tentación del beneficio económico planteada por las grandes editoriales.

Y, dado el cariz divulgativo que frecuentemente suelen mostrar las biografías históricas, parecidas reflexiones pueden hacerse sobre las relaciones entre investigación básica y divulgación, centradas en este caso en la ciencia histórica. Aunque no tienen por qué ser equivalentes, no resulta difícil asimilar los conceptos de análisis e investigación básica, por un lado, y divulgación y biografía, por otro. Tampoco se le escapa al historiador curtido que el público —alumnos habituales u oyentes ocasionales— se muestra más receptivo y agradecido cuando se le transmiten conocimientos del pasado en tono divulgativo y en formato narrativo que cuando se le

⁴⁷ Véase G. LEVI. «Sobre microhistoria», en Peter BURKE y otros, *Formas de hacer historia*, Barcelona, 1993, pp. 119-143; pp. 122-126.

⁴⁸ «La reducción de escala no adensa de por sí una narración. Lo importante es que los historiadores sociales han vuelto a la narración como medio de iluminar las estructuras» (Peter BURKE, «Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración», en Peter BURKE y otros, *Formas de hacer historia*, Barcelona, 1993, pp. 287-305; p. 300).

⁴⁹ Este mismo autor que acabamos de citar reflexiona en ese mismo artículo sobre estas cuestiones, reafirmando sus posiciones en este sentido con las convicciones coincidentes del antropólogo americano Marshall SAHLINS (pp. 303-304).

⁵⁰ «La microhistoria... no proporciona una solución a todos los problemas... y genera otros propios, sobre todo el de vincular la microhistoria y la macrohistoria. los detalles locales con las tendencias generales» (Peter BURKE, «Historia de los acontecimientos...», p. 300).

quiere hacer partícipe de las investigaciones científicas básicas mediante el lenguaje analítico y la terminología técnica precisa. Y no se trata de elegir, porque no se puede. No se puede prescindir de la investigación básica ni de la literatura científica de rigor y afinamiento técnico que le es aneja –por más que se le achaque el *delito* de disfrutar de una difusión muy selectiva–, si no queremos abandonar esta disciplina al capricho de aficionados y manipuladores, que rápidamente la convertirían en una tribuna de dogmatismo y papanatismo, al servicio de cualquier programa de encantamiento general. Y debemos aumentar los esfuerzos por armonizar el trabajo de investigación con el de divulgación, y el tono severo del lenguaje científico con el atractivo de la literatura narrativa, con el fin de traspasar los límites de nuestras instituciones académicas habituales y hacer partícipe de los hallazgos científicos de la historia a sectores más amplios de la sociedad.

En cualquier caso, conviene dejar bien sentado que estas necesarias relaciones entre narración y análisis o investigación básica y divulgación, por muy dialécticas que las imaginemos, no son en absoluto equiparables en su capacidad de influencia recíproca. La primacía jerárquica y lógica en este juego de interacciones le corresponderá siempre a la investigación básica y al análisis estructural; de otra forma, el proceso de revitalización mutua se convertiría inevitablemente en una pendiente hacia la degradación y el suicidio común, con las consecuencias nefastas que anunciábamos en el párrafo anterior para la historia en general.

3.3. PROBLEMÁTICA COLATERAL

La biografía histórica se desenvuelve en un campo de cultivo que cuenta, como hemos visto, con una problemática interna propia y, en algún aspecto, exclusiva. De manera colateral, también es sensible a otras influencias derivadas de otras disciplinas o suscitadas en los foros de debate sobre cuestiones relacionadas con la dinámica social y los factores de cambio a lo largo de la historia y con los paradigmas teórico-metodológicos que se ofrecen como guías alternativas en la historiografía actual. En este apartado final del artículo queremos dar breve cuenta de alguno de esos influjos que afectan –o pueden afectar– de manera indirecta al trabajo del biógrafo. Por razones de tiempo y espacio –y de los inevitables límites competenciales de quien esto escribe–, estas consideraciones se van a quedar en el mero trámite del enunciado, como pórtico para dejar abierta la curiosidad y la información más allá de donde podemos llegar en estas breves páginas.

En primer lugar, nos hacemos eco de la problemática desatada en torno a la oposición de los factores relacionados con el sistema, la economía, la sociedad, la demografía estadística, la ecohistoria, la función o la cliometría, por un lado, y de las instancias antropológicas, por otro, o, lo que es lo mismo, entre quienes

atribuyen un destacado protagonismo a los factores de cambio social contemplados bajo el prisma de aquellas disciplinas, de un lado, y aquellos otros historiadores que relegan a un segundo plano los efectos de aquellas fuerzas, a las que, además, tildan de ciegas e *impersonales*, al tiempo que reivindican la primacía de las actuaciones *personales* en la explicación de la dinámica histórica, de otro. Como trasfondo de este debate se sitúa la cuestión de la presunta dicotomía entre la historia analítica, supuestamente mejor identificada con las fuerzas calificadas de *impersonales*, y la historia narrativa, a la que se contempla como el receptáculo natural de una larga serie de cualidades y actuaciones calificadas como *humanas* y reconocidas apriorísticamente como conscientes, personalizadas y libres, entre las que se citan las creencias religiosas, los valores culturales, las convenciones sociales, las tradiciones y costumbres, los afectos y sentimientos, la voluntad y el ansia de mejora o de poder, la violencia, las pulsiones sexuales, los lazos familiares...

En la trastienda de esta polémica, tampoco resulta difícil advertir un posicionamiento reduccionista por parte de quienes se empeñan en ahondar la separación, por ejemplo, entre economía y antropología, saludando la llegada de los factores considerados antropológicos como la única tabla de salvación para la historia, y resaltando la radical contraposición de estos elementos en relación a los factores estructurales. Porque tal contraposición apenas se deja notar en la actualidad: cualquier historiador cabal, por muy «estructuralista» que sea, está dispuesto a dar la más cordial bienvenida a todos esos elementos «antropológicos» para integrarlos —con mayor o menor fortuna y con las variables que queramos sobre su articulación orgánica en el correspondiente esquema analítico y explicativo— en su trabajo como historiador. Por otra parte, presuponer que todo lo que tiene que ver con la antropología se identifica con la conciencia y la libertad⁵¹ y que lo relativo a la economía o a cualquier otro elemento estructural equivale a dejar en manos del destino ciego la explicación de la dinámica histórica no deja de ser una pretensión, en el mejor de los casos, ingenua⁵². En este orden de cosas, resulta hartamente arriesgado asumir de manera rotunda la idea de que las actuaciones fundadas en instancias «antropológicas» son más *humanas*,

⁵¹ «Antropologizar la historia es... devolverle al hombre libre...: porque donde hay *ánthropos* hay libertad» (Francisca COLOMER PELLICER. «Biografía y cambio social...», 168). ¿Qué podemos decir, según lo citado, de los esclavos y de otros muchos colectivos humanos que han sido y siguen siendo sistemáticamente subyugados? ¿Eran —son— libres o no eran —no son— *ánthropoi*?

⁵² Como lo puede ser la obsesión de numerosos historiadores e historiógrafos en identificar a todos los programas analítico-estructurales de investigación histórica con otras tantas variables de «determinismo monocausal», cuando de todos es sabido que escuelas tan representativas de este género como *Annales* o el marxismo hace muchas décadas que pregonan y practican formas de escribir historia comprometidas con la integración del mayor número de condicionantes y las más variadas manifestaciones de la vida humana en el análisis de la dinámica social.

conscientes y libres que las derivadas, por ejemplo, de la posición económica o de las condiciones ecodemográficas⁵³. ¿Acaso las creencias religiosas, sobre todo si remiten a una religión revelada, pueden tildarse, sin más, de más *humanas* que los dictados de la economía o las convenciones culturales que rigen los comportamientos demográficos? ¿No han sido precisamente las creencias religiosas, casi siempre impuestas, el factor limitador más importante de la libertad humana durante largos periodos de nuestra historia? ¿Desde cuándo los lazos de parentesco, extenso o nuclear, han sido «liberadores» para *todos* los individuos y no sólo para quienes ostentaban la potestad tribal o familiar? ¿Y no han sido la tradición y la llamada mentalidad unas útiles herramientas de control social de los pueblos y las masas, gracias a su efectividad en el adormecimiento de las conciencias y de las inteligencias y en la disolución de los impulsos de afirmación individual? ¿De verdad podemos pensar que el desarrollo de la economía obedece a impulsos ciegos? ¿Nadie conoce a sus beneficiarios netos? ¿O es que la ambición de riqueza y las ansias de explotación son actitudes extraterrestres? ¿Y nadie se siente explotado? ¿O debemos admitir que este sentimiento y esta convicción son poco *humanos*?

Un segundo abanico de problemas de índole filosófica y psicológica asociados a la biografía tiene que ver con la figura del sujeto en su versión filosófica, sujeto que puede concebirse como «indiviso y homogéneo sobre el que se apoya la experiencia subjetiva» o «escindido, fragmentado, discontinuo y yuxtapuesto», según atendamos a la versión moderna o postmoderna del concepto⁵⁴. Para el pensamiento moderno, la conciencia del «yo» no es otra cosa que el hilo conductor de una existencia integrada, mientras que la versión postmoderna reduce el campo de la individuación al nombre propio de cada persona, que se concibe como una plataforma donde convergen diversas experiencias fragmentadas e inconexas, relacionadas entre sí tan sólo por su recalado ocasional, fortuito e imprevisible en el mismo receptáculo nominal. Indudablemente, la decantación del biógrafo por una u otra acepción no ha de ser indiferente al desarrollo del trabajo ni, por supuesto, a su resultado final.

En paralelo a la cuestión del sujeto, los filósofos y los teóricos de la historiografía debaten también sobre la naturaleza histórica del individuo y sus posi-

⁵³ Este parece ser el sentido que L. STONE atribuye al atractivo de la antropología para los «nuevos historiadores» y de su consideración como primera causa de la vuelta del relato en la práctica historiográfica («El resurgimiento...», p. 98).

⁵⁴ Nora C. PAGANO, «Biografía e historiografía», pp. 54-55. Susana STROZZI nos propone una versión depurada del concepto de sujeto desde la perspectiva del psicoanálisis lacaniano, aunque con resultados aparentemente desconcertantes: en tanto la *biografía* es calificada como «el consuelo fugaz de una ficción», al trabajo que permite «la iluminación de un tiempo histórico desde el prisma de una historia individual» se le denomina *construcción*. ¿Simples juegos de palabras? («Sujeto y persona en la biografía histórica», en Carlos BARROS, editor. *Historia a debate, Tomo III: Otros enfoques*, Santiago de Compostela, 1995, pp. 175-182; citas en la página 182).

bilidades de afirmación, integración, marginación o negación en relación al grupo de pertenencia y a la sociedad que lo envuelve⁵⁵.

Finalmente, queremos dejar constancia también de otra serie de problemas relacionados con el medio de expresión habitualmente utilizado en la biografía histórica: el lenguaje narrativo. Ya hemos dejado constancia de la importancia que debe otorgarse a la elegancia estilística en la elaboración de este tipo de obras históricas. Pero, aparte las cuestiones relacionadas con la literatura, se plantean otros problemas de más profundo calado, que van más allá de las cuestiones puramente formales para sumergirse en el campo de la filosofía del lenguaje y de la revisión ontológica de este medio de expresión como instrumento adecuado para el reflejo de la realidad o la transmisión de imágenes, ideas y sentimientos desde el interior del ser humano hasta la palabra o el texto escrito.

Las preocupaciones fundamentales se centran en dos puntos de discusión. En primer lugar, la búsqueda del sentido profundo de la narración en general y de la narración histórica en particular: sus ámbitos de confluencia y de divergencia y sus peligros compartidos como instancia potencialmente distorsionadora del mundo interior de la persona o de la realidad, física, estética o social, exterior. El inconsciente o el subconsciente, por un lado, y el proselitismo, la propaganda o los intereses particulares o de grupo, por otro, pueden corromper, por igual, el mensaje de los textos históricos y las elaboraciones subsiguientes de los historiadores, cuestión que demanda de los investigadores un cuidado exquisito en el manejo e interpretación de los contenidos de los testimonios escritos —y orales— del pasado, tanto los que se presentan como auténticos textos —los narrativos, literarios o doctrinales— como los que asumen la forma de pre-textos —los documentos—⁵⁶. Preocupan también las relaciones entre narración y relato⁵⁷, la

⁵⁵ La reivindicación de un individualismo radical desde los círculos de pensamiento neoliberales ha obligado a los pensadores tradicionalmente más alejados de tales preocupaciones, como pueden haberlo sido los marxistas, a implicarse en el debate, aportando nuevas perspectivas del individuo desde su consideración como elemento activo —o pasivo— en la dinámica social o en la acción colectiva o como objetivo filosófico específico históricamente remodelado y redefinido a la luz del pensamiento dominante en cada momento (Pueden consultarse los trabajos de Niklas LUHMANN, «Individuo, individualidad, individualismo», *Zona Abierta*, 70/71 (1995), pp. 53-157; Fernando AGUIAR, compilador, *Intereses individuales y acción colectiva*, Madrid, 1992, o Roberto R. ARAMAYO, Javier MUGUERZA y Antonio VALDECANTOS, compiladores, *El individuo y la historia. Antinomias de la herencia moderna*, Barcelona, 1995). No faltan tampoco intérpretes del pensamiento marxiano que reivindican esta preocupación por el individuo en el pensamiento de los propios fundadores del materialismo histórico: «La Filosofía de Marx es también una filosofía personal para la cual la racionalización del mundo no es nada si no va también acompañada por una racionalización, esto es humanización, del individuo» (Francisco RUBIO LLORENTE, en la *Introducción* a una reciente edición de la obra clásica de Karl MARX *Manuscritos: economía y filosofía*, Barcelona, 1993, pp. 11-47; p. 21).

⁵⁶ Véase Isabel BURDIEL y María CRUZ ROMEO, «Historia y lenguaje: la vuelta al relato dos décadas después», *Hispania*, 192 (1996), pp. 333-346.

consideración del relato como vehículo privilegiado para establecer una mínima comunicación entre el historiador-escritor y el lector⁵⁸, y, en definitiva, la definición precisa de la narración y del relato, objetivo que no parece definitivamente conseguido, si nos atenemos a las conclusiones de los especialistas: en su magno trabajo dedicado a este asunto, Paul Ricoeur considera que toda obra de historia puede ser considerada como un simple relato, poniendo como ejemplo para ilustrar esta afirmación la obra de Fernand Braudel *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, precisamente la que viene siendo considerada por la inmensa mayoría de los historiógrafos como el arquetipo del género analítico-estructural⁵⁹.

En segundo lugar, la biografía puede verse afectada por la revolución planteada en el ámbito de la lingüística desde las filas de la filosofía del lenguaje, problemática que se expresa sintéticamente bajo el lema «giro lingüístico» y que apunta directamente a la línea de flotación de lo que tradicionalmente se consideraba en filosofía como proceso de conocimiento, cuyo camino entre el objeto y su expresión queda cortado al negársele al medio de comunicación –el lenguaje– toda capacidad de intermediación fiel entre el objeto inicial del conocimiento –la realidad, ideal o material– y su expresión final, oral o escrita: el lenguaje no sería el reflejo de la realidad sino el constructor de la misma. Esta formulación radicalmente deconstruccionista ha provocado un revuelo notable en el campo de los historiadores, de manera especial cuando de biógrafos se trata, al estar particularmente sensibilizados frente a la amenaza de que su trabajo pueda identificarse con la literatura de ficción, como se defiende desde posiciones identificadas o familiarizadas con el mencionado deconstruccionismo⁶⁰.

⁵⁷ Véase Antonio MORALES MOYA, «Paul Ricoeur y la narración histórica», en Carlos Barros, editor, *Historia a debate. Tomo III: Otros enfoques*, Santiago de Compostela, 1995, pp. 183-193; pp. 185-190.

⁵⁸ Véase Giovanni LEVI, «Sobre microhistoria», pp. 135-137.

⁵⁹ Paul RICOEUR, *Tiempo y narración*, Madrid, 1987; 3 vols.

⁶⁰ La cuestión remite a una amplia problemática, respecto a la cual sólo podemos ofrecer una guía bibliográfica de carácter introductorio: Antonio MORALES MOYA, «Formas narrativas...», pp. 27-31; Agustí COLOMINES y Vicent S. OLMOS, «A vueltas con la narrativa...», 156-157; Isabel BURDIEL y María CRUZ ROMEO, «Historia y lenguaje...»; Lawrence STONE, «History and Post-Modernism», *Past and Present*, 131 (1991), pp. 217-218; Josep FONTANA, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, 1992, pp. 87-100, y *La historia de los hombres*, pp. 302-307.